

en las costumbres y en las leyes, en la educación y en la instrucción, en las que ya hace tiempo que reina una semiapostasía, un paganismo de hecho, que sólo puede formar semicristianos. Al trabajar en sentido directamente opuesto a la Masonería, los cristianos retrasarán el advenimiento del hombre del pecado, y procurarán a la Iglesia la paz y la independencia necesarias para captar y convertir al mundo que se abre ante Ella. A esto se resume toda la lucha de la hora presente: ¿Dejaremos, sí o no, nosotros los bautizados, que se consume la apostasía que en un breve lapso de tiempo ha de permitir la manifestación del Anticristo?

2º La desaparición del obstáculo.

El Apóstol habla, en términos enigmáticos para nosotros, de un obstáculo que se opone a la aparición del hombre de pecado: «*Sólo falta que el que lo detiene ahora desaparezca de en medio*». Por este obstáculo que detiene, los más antiguos Padres griegos y latinos entendieron casi unánimemente el Imperio Romano, y explican a San Pablo diciendo que, mientras subsista el Imperio Romano, el Anticristo no aparecerá. Confieso que esta interpretación, si se la entiende con cierta amplitud, no me parece tan despreciable.

San Pablo, al anunciar a los fieles una apostasía, cuando apenas se esbozaba la conversión del mundo, debió darles una panorámica de todo el futuro de la Iglesia. Les había hecho saber que las naciones se convertirían, que se formarían sociedades cristianas, y que luego estas sociedades perderían la fe. Les mostró sin duda que el Imperio Romano sería transformado, que un poder cristiano reemplazaría al poder pagano, y que la autoridad de los Césares pasaría a manos bautizadas que se servirían de él para extender el reino de Jesucristo. Y por eso pudo añadir: Mientras dure este estado de cosas, estad tranquilos, el Anticristo no aparecerá.

Por lo tanto, el sentido del Apóstol, entendido ampliamente, sería el siguiente: Mientras la dominación del mundo permanezca entre las manos bautizadas de la raza latina, el enemigo de Jesucristo no se manifestará. Pues las razas latinas están destinadas, o a ejercer en el mundo una influencia católica, o a abdicar. Su misión es la de servir a la difusión del Evangelio, y su existencia política está ligada a esta misión. El día en que renunciaren a ella por una apostasía completa, serían aniquiladas; y el Anticristo, saliendo probablemente de Oriente, las aplastaría fácilmente bajo sus pies.

Observemos, como corolario de esta interpretación, que los masones se oponen enconadamente a la restauración del poder cristiano. Que un príncipe se anuncie como cristiano, al punto se ponen por obra todos los medios para deshacerse de él. Eso es lo que no debe suceder a ningún precio. Así, pues, el poder cristiano es lo que impediría a la Masonería alcanzar su objetivo. También aquí les toca a los cristianos influir en la mentalidad pública, para obligar a los gobiernos a volver a adoptar las tradiciones cristianas, fuera de las cuales las naciones europeas no pueden encontrar más que decadencia y muerte.

Padre Emmanuel André La Iglesia al fin de los tiempos

En una serie de Hojitas de Fe entregaremos al lector un resumen –en forma de extractos– de la obra del Padre Emmanuel André, «El drama del fin de los tiempos», que escribió en once breves artículos desde marzo de 1885 hasta febrero de 1886, con clara intuición profética.

I. Unas palabras al lector

La Iglesia, como debe ser semejante en todo a Nuestro Señor, sufrirá, antes del fin del mundo, una prueba suprema que tendrá el carácter de una verdadera **Pasión**. Los detalles de esta Pasión, en la cual la Iglesia manifestará la inmensidad del amor que tiene a su divino Esposo, se hallan consignados en los escritos inspirados del Antiguo y Nuevo Testamento, en los que Dios ha querido trazar de antemano los destinos de la Iglesia de su Hijo único, como lo habían sido los de su Hijo mismo.

Al tratar este tema, no pretendemos espantar a nadie, sino más bien desgranar, junto a grandes enseñanzas, grandes consuelos.

1º Grandes enseñanzas.

Es realmente triste ver cómo la humanidad, seducida y enloquecida por el Espíritu del mal, trata de ahogar y aniquilar a la Iglesia, su Madre y tutora divina. Pero de este espectáculo se desprende una luz que nos muestra toda la historia en su verdadera claridad.

El hombre se agita en la tierra, pero es llevado por fuerzas que no son de la tierra. En la superficie de la historia, el ojo capta trastornos de imperios y civilizaciones que se hacen y deshacen; mas, por debajo, la fe nos hace seguir el gran antagonismo entre Satanás y Nuestro Señor, y asistir a las astucias y violencias de que se vale el Espíritu inmundo para entrar en la casa de la que Cristo lo expulsó. Al fin volverá a entrar, y querrá eliminar de ella a Nuestro Señor. Entonces se rasgarán los velos, lo sobrenatural se manifestará por todas partes, y ya no habrá política propiamente dicha, sino que un drama exclusivamente religioso abarcará todo el orbe.

¿Por qué los autores sagrados han descrito tan minuciosamente las peripecias de este drama, cuando sólo ocupará unos pocos años? Porque será la conclusión de toda la historia de la Iglesia y del género humano, y hará resplandecer, con un fulgor supre-

mo, el carácter divino de la Iglesia. Además, todas estas profecías tienen el fin incontestable de fortalecer a las almas fieles en los días de la gran prueba. Todas las sacudidas, miedos y seducciones que entonces les asaltarán, puesto que habrán sido predichos con tanta exactitud y anterioridad, formarán otros tantos argumentos en favor de la fe combatida y proscriba, afianzándola precisamente a través de aquello mismo que debería destruirla.

También nosotros debemos sacar abundantes frutos de la consideración de estos extraños y terribles acontecimientos. Nuestro Señor, hablando de ellos, dijo a sus discípulos: «Velad, pues, orando en todo tiempo, para merecer evitar todos estos males venideros, y comparecer ante el Hijo del hombre» (Lc. 21 36). Así, pues, el anuncio de estos acontecimientos es un solemne aviso al mundo: «Velad y orad para no caer en la tentación» (Mt. 26 41).

«Velad y orad», para que estas cosas no os tomen por sorpresa, pues no sabéis cuándo sucederán. Sabéis, sí, que desde ahora la seducción opera en las almas, que el misterio de iniquidad realiza su obra, y que la fe es considerada como un oprobio (SAN GREGORIO); «velad y orad», pues, para conservar la fe. Llegó la hora de la noche y del poder de las tinieblas: velad para que vuestra lámpara no se apague, y el sopor y el sueño no os vengzan. Antes bien, levantad vuestras cabezas hacia el cielo, porque se acerca la hora de la redención, y las primeras luces del alba empiezan a disipar las tinieblas de la noche (Lc. 21 28).

2º Grandes consuelos.

Jamás se habrá visto al mal a la vez tan desencadenado y tan contenido en las manos de Dios. La Iglesia, como Nuestro Señor, será entregada sin defensa a los verdugos, que la crucificarán en todos sus miembros; pero no se les permitirá romperle los huesos, que son los elegidos, como tampoco se les permitió romper los del Cordero Pascual extendido sobre la cruz.

La prueba será abreviada por causa de los elegidos; y los elegidos se salvarán; y los elegidos serán todos los verdaderos humildes.

Finalmente, la prueba concluirá con un triunfo inaudito de la Iglesia, comparable a una resurrección. En esos tiempos, y aun en los preludios de la crisis suprema, la Iglesia verá cómo vuelven a Ella los restos de las naciones. Pero su consuelo más vivo será la conversión de los judíos. Los judíos se convertirán, ya antes, ya durante el triunfo de la Iglesia; y San Pablo, que anuncia este gran suceso, no puede contenerse de alegría al contemplar sus consecuencias. Podríamos aquí aplicar a la Iglesia el dicho del Salmista: «Según la multitud de las aflicciones que han llenado mi corazón, tus consolaciones, Señor, han alegrado mi alma» (Sal. 93 18).

II. Los signos precursores

Desde el comienzo de la Iglesia se ha agitado el tema del fin del mundo. San Pablo había dado sobre este punto preciosas enseñanzas a los cristianos de Tesalónica; y como, a pesar de sus instrucciones orales, los fieles empezaron a inquietarse por causa de predicciones y rumores sin fundamento, les dirigió luego una carta muy grave para calmar esas inquietudes.

«Os rogamos, hermanos, por lo que atañe al advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo y a nuestra reunión con El, que no os dejéis tan pronto impresionar, abandonando vuestro sentir, ni os alarméis, ni por visiones, ni por ciertos discursos, ni por cartas que se suponen enviadas por nosotros, como si fuese inminente el día del Señor. Que nadie os engañe de ningún modo; porque antes ha de venir la apostasía, y se ha de manifestar el hombre del pecado, el hijo de la perdición... ¿No recordáis que, estando aún con vosotros, os decía yo esto? Y ahora ya sabéis lo que le detiene, con el objeto de que no se manifieste sino a su tiempo. Porque el misterio de iniquidad está ya en acción; sólo falta que el que ahora lo detiene desaparezca de en medio» (II Tes. 2 1-7).

Así pues, el fin del mundo no llegará sin que antes se revele un hombre tremendamente malvado e impío, al que San Pablo llama «el hombre del pecado, el hijo de la perdición»; y éste, a su vez, no se manifestará sino después de una apostasía general y de la desaparición de un obstáculo providencial sobre el que el Apóstol había instruido de viva voz a sus fieles.

1º La apostasía.

¿A qué apostasía se refiere San Pablo? No se trata de una defección parcial, ya que la llama, de manera absoluta, *la apostasía*. Por desgracia, eso sólo se puede entender de la apostasía en masa de las sociedades cristianas, de la defección de estas naciones que Jesucristo había hecho *concorporales* a su Iglesia (Ef. 3 6), pero que luego, social y civilmente, renegarán de su bautismo. Sólo esta apostasía hará posible la manifestación y dominación del enemigo personal de Jesucristo, esto es, del Anticristo.

Nuestro Señor dijo: «Cuando viniere el Hijo del hombre, ¿os parece que hallará fe sobre la tierra?» (Lc. 18 8). Veía El declinar la fe en el mundo llegado a su vejez, no porque los vientos del siglo puedan hacer oscilar ni apagar esta llama inextinguible, sino porque las sociedades, ebrias de bienestar material, la rechazarán como importuna. Volviendo las espaldas a la fe, el mundo va camino de las tinieblas, y se convierte en juguete de las ilusiones del Padre de la mentira. Considera como luces a meteoritos engañosos, y sería capaz de considerar como una aurora los rojos fulgores del incendio. Al renegar de Jesucristo, es preciso que caiga en las garras de Satanás, a quien tan justamente se le da el nombre de «príncipe de las tinieblas».

El docto Estio, al estudiar el texto del Apóstol, dice que esta apostasía comenzó con Lutero y con Calvino. Tal fue el punto de partida. Desde entonces ha recorrido un camino espantoso. Hoy esta apostasía tiende a consumarse. Adopta el nombre de **Revolución**, que es la insurrección del hombre contra Dios y su Cristo. Tiene por fórmula el **laicismo**, que es la eliminación de Dios y de su Cristo. Así vemos cómo las sociedades secretas, investidas del poder público, se encarnizan en descristianizar los países católicos, quitándoles uno por uno todos los elementos sobrenaturales de que los habían impregnado quince siglos de fe. Estos sectarios sólo persiguen un fin: sellar la apostasía definitiva, y preparar el camino al hombre del pecado.

Los cristianos deben reaccionar, con todas sus energías, contra esta obra abominable; y para eso han de introducir a Jesucristo en la vida privada y en la vida pública,